

FIN FUNESTO
DE LOS
PERSEGUIDORES Y ENEMIGOS
DE LA IGLESIA.

PARTE PRIMERA.

Desde Herodes el Grande hasta la paz de Constantino

CAPITULO PRIMERO.

SIGLO I.

Sumario.—I. Herodes el Grande.—II. Judas Iscariote.—
III. Caifás.—IV. Tiberio.—V. Poncio Pilatos.—VI.
Herodes Antipas.—VII. Herodías.—VIII. Calígula.—
IX. Herodes Agrippa.—X. Simón Mago.—XI. Nerón.
XII. Sofonio Tigilino.—XIII. Jerusalem.—XIV. Do-
miciano.

I

Herodes el Grande, ó el Ascalonita, Rey de Judea.

(MURIO AÑO 2, DE N. S. JESUCRISTO.)

En la época del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo ocupaba el trono de Judea Herodes Ascalonita, príncipe violento y cruel, á quien el Senado Romano, cediendo á los deseos de Antonio, habia erigido en Rey de los judíos, á pesar de ser idumeo.

La ambicion y la crueldad, unidas á una inquieta desconfianza, eran las pasiones que le dominaban; tanto, que, como Neron, hizo matar á su abuelo Hircano; á su cañado Aristóbulo, sumo sacerdote, á Marianne, su mujer, á Alejandra, su suegra, y áun á sus propios hijos.

Tal era el príncipe en cuyos Estados acababa de nacer el Redentor del mundo.

Luégo que nació el Mesías, anunció Dios la buena nueva á los Reyes Magos por medio de una estrella que le sirvió de guia para que fuesen á adorarle.

Apénas llegaron los Magos á Jerusalem, comenzaron á preguntar dónde estaba el Rey de los judíos; é inquietándose con esto Herodes, convocó al punto á los Príncipes de los Sacerdotes y á los escribas, y les preguntó dónde había de nacer el Cristo, á lo cual le contestaron que en Belen de Judea.

El Monarca se informó entónces de los Reyes Magos sobre la aparicion de la estrella misteriosa, y encaminándolos á Belen, les dijo: *Id; é informaos bien del Niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también, vaya á adorarle* (1).

(1) San Mateo, cap. II, vers. 8.

La exactitud con que correspondian todos aquellos sucesos á las profecías relativas al nacimiento del Mesías, y los prodigios que se referian del Niño Jesus, hicieron temer á Herodes por su trono; é irritado despues porque los Magos, léjos de cumplir sus deseos, volvieron á Oriente sin pasar por Jerusalem, resolvió hacer morir á todos los niños menores de dos años de Belen y sus cercanías. Este bárbaro decreto se ejecutó con brutal exactitud.

San Gregorio Niceno y San Agustin, entre otros, describieron con sablime elocuencia los horrores de aquella hecatombe.

Algunos historidores opinan que el número de las inocentes víctimas ascendia á ciento cuarenta y cuatro mil, fundándose en que San Juan en su *Apocalipsis* fija este número al hablar de las almas inocentes y castas que siguen al Cordero; pero el erudito Salmeron, en sus Comentarios, dice que fueron catorce mil, y añade que los cristianos de Etiopía, llamados los abisinios, señalan este número en el Cónon de la Misa. Genebrardo dice asimismo que los griegos fijan este mismo número en su calendario, y esta es la opinion más probable.

Entónces fue cumplido lo que se habia dicho por Jeremías el Profeta, que dice:

Vez fué oída en Ramá, lloro, y mucho lamento: Raquel llorando sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son (1).

El Niño Jesus se libró de aquella bárbara sentencia, pues avisado José en sueños por un ángel del Señor, hayó con el Niño y con su Madre á Egipto; pero la impiedad y crueldad de Herodes no quedaron impunes.

La justicia de Dios hirió á aquel bárbaro Monarca con una enfermedad horrible, que al cabo le produjo la muerte, y que Josefo describe en estos terminos: "Un calor lento que no se manifestaba al exterior le abrasaba y devoraba interiormente. Al mismo tiempo sufría una hambre tan insaciable, que nada bastaba á satisfacerla. Sus intestinos estaban llenos de úlceras, y cólicos violentos le hacían sufrir dolores espantosos. Sus piés estaban hinchados y lívidos. Sus ingles no lo estaban ménos, y sus partes genitales en un estado tal de putrefacción, que manaban gusanos. Sus nervios estaban contraídos; respiraba con gran dificultad, y su aliento era tan fetido, que no era posible acercarse á él. Todos los que presenciaban los padecimientos de aquel

(1) San Mateo, cap. II, versículos 17 y 18:

deaventurado príncipe convenían en que era un castigo visible del cielo á su crueldad.

II

Judas Iscariote, Apostol de Jesucristo.

(MURIO AÑO 33 DE N. S. JESUCRISTO)

Entre los perseguidores y enemigos de la Iglesia, el más abominable de todos es Judas Iscariote, que habiendo sido elegido por Jesucristo para ser Apóstol de su doctrina y de las gentes, vendió á su Divino Maestro á los príncipes de los Sacerdotes por treinta dineros y le entregó despues á los judíos en el monte Getsemani.

En el Evangelio segun San Juan (1) se lee el pasaje siguiente, en que revela el Discípulo amado la avaricia que dominaba á Judas áun ántes de hacer traicion al Salvador del Mundo.

Jesus, pues, seis dias ántes de la Pascua vino á Bethania, en donde habia muerto Lazaro, al que Jesus resucitó.

Y le dieron allí una cena: y Martha servía, y Lazaro era uno de los que estaban sentados con él á la mesa.

(1) Cap. XII, versículos 1 á 7.

Entonces María tomó una libra de unguento de nardo puro de gran precio, y ungió los pies de Jesús, y le engugó los pies con sus cabellos: y se llenó la casa del olor del unguento,

Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar:

¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos denarios, y se ha dado á pobres?

Y dijo esto, no porque él cuidase de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo sus bolsillos, traía lo que se echaba en ellos.

Segun el P. Scio, en su comentario á este último versículo (1), Judas se apropiaba una parte del dinero, siendo un infiel depositario del que daban al Señor para su sustento, para el de sus discípulos y para que se distribuyese entre los pobres.

De este mismo pasaje deducen otros historiadores é intérpretes que Judas sólo seguía á Jesucristo impulsado por la más grosera avaricia, pues esperaba una crecida recompensa por la parte que iba á tomar en la obra del Mesías, tal como él se la había figurado. Pero bien pron-

(1) La Biblia vulgata latina, traducida en español etc.—Nuevo Testamento, tomo II, pág. 118.

to se apercibió de que sus esperanzas mundana eran ilusorias, y desde entonces comenzó á serle Jesucristo indiferente, cambiándose luego en ódio esta indiferencia, á medida que la santidad de la doctrina y de la vida del Salvador irritaban el corazón de Judas, dominado por la avaricia. Por último, hasta concibió el pensamiento de unirse á los enemigos del Señor, esperando sacar de esta manera algún provecho de sus relaciones con él. Tentado, en fin, por el demonio, que se hizo dueño de su corazón (1), resolvió vender á su Maestro.

Entonces, segun se lee en el Evangelio de San Mateo (2), se fue uno de los doce, llamado Judas Iscariote á los Príncipes de los Sacerdotes;

Y les dijo: ¿Qué me queréis dar y yo os lo entregaré? Y ellos le señalaron treinta monedas de plata (3).

(1) Evangelio segun San Juan, cap. XIII, vers. 2.

(2) Cap. XXVI, versículos del 14 al 16.

(3) Sobre el valor de estas treinta monedas ó sicles de plata dice Scio lo siguiente en su nota á este versículo.

“Dos sicles corresponden á siete octavos de una onza nuestra, y por consiguiente treinta sicles equivalen á trece onzas y un octavo. Cada uno con esto puede reducir este peso á moneda corriente del día, pero sin perder de vista la diferencia de la liga ó calidad del metal.

Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarlo.

La circunstancia de haber sido descubierto su propósito por Jesucristo durante la Cena, parece impulsó á Judas á consumar cuanto ántes su crimen porque inmediatamente despues salió y se puso á disposicion de los Príncipes de los Sacerdotes.

Aquella misma noche Judas entregó á Jesucristo á los judíos en el huerto de Getsemani, designándolo á la turba que iba á prenderle por medio de un beso que dió á Jesus, diciendo *Dios te guarde, Maestro.*

Desde aquel momento comenzó la Pasion de Jesucristo, que fué entregado en seguida á Pontio Pilatos.

El Nuevo Testamento refiere en los términos siguientes la desesperacion de Judas y su muerte:

Entonces Judas, que le habia entregado, cuando vió que habia sido condenado, movido de arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Ancianos.

Diciendo: He pecado, entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: — ¿Qué nos importa á nosotros? Vétraslo tú.

Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, y fué, y se ahorcó con un lazo.

Y los Príncipes de los Sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: — No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre.

Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros.

Por lo cual fué llamado aquel campo Hacelda — ma, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy (1).

Este, pues, poseyó un campo del precio de la iniquidad (2), y colgándose, reventó por medio; y se derramaron todas sus entrañas (3)

(1) Evang. segun San Mateo, cap. XXVII, versículos 9 al 8.

(2) Porque aunque él por sí no le adquirió ni compró pero restituyó el dinero que habia recibido por su traicion y alevosía, y con él se compró un campo, como queda notado en el Evangelio de San Mateo. (Nota de Srio.)

(3) Hechos de los Apóstoles, cap. I, vers. 18.

III

Caifás, Sumo Pontífice.

(MURIO AÑO 35 DE N. S. JESUCRISTO.)

La doctrina de Jesucristo y sus milagros convirtieron á tantos judíos, que, alarmados los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos, se juntaron en concilio para ponerse de acuerdo sobre la manera de combatir al Salvador del mundo.

Así consta en la Sagrada Escritura, donde aparece también la parte que tomó Caifás, Sumo Pontífice de aquel año, en la resolución que adoptaron de hacer morir á Jesús.

San Juan, en el cap. XI, dice:

Y los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos juntaron concilio y decían: — ¡Qué hacemos! Porque este hombre hace muchos milagros.

Si lo dejamos así crearán todos en Él; y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y nación.

Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada,

Ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca...

Y así, desde aquel día pensaron cómo le darían la muerte (1).

La pasión de Jesucristo había comenzado por consejo de Caifás, que representó después en ella un papel tan principal, según se lee en el siguiente pasaje del Evangelio de San Mateo, cap. XXVI:

Mas los que tenían preso á Jesús, le llevaron á casa de Caifás, el príncipe de los sacerdotes, en donde se habían juntado los Escribas y los Ancianos.

Mas los príncipes de los Sacerdotes, y todo el concilio buscaban algún falso testimonio contra Jesús para entregarle á la muerte:

Y no le hallaron, aunque se habían presentado muchos falsos testigos. Mas por último llegaron dos testigos falsos.

Y dijeron: Este dijo: — Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres días.

Y levantándose el Príncipe de los Sacerdotes, le dijo: — ¿No respondes nada á lo que éstos deponen contra Ti?

(1) Versículos 47 al 50 y 53.

Y Jesús callaba. Y el Príncipe de los Sacerdotes le dijo:— Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si Tú eres el Cristo el hijo de Dios.

Jesús le dice:— Tú lo has dicho; y aun os digo que vereis desde aquí á poco al hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.

Entonces el Príncipe de los Sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo:— Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Hé aquí ahora acabais de oír la blasfemia.

¿Qué os parece? Y ellos, respondiendo, dijeron:— Reo es de muerte.

Entonces le escupieron en la cara, y le maltrataron á puñadas, y otros le dieron bofetadas en el rostro (1).

De esta manera Caifás, Sumo Pontífice, y que como tal debió ser el primero que reconociese en Jesucristo al Mesías prometido en la Ley y anunciado por los Profetas, fué el primero que contribuyó á su Pasión, á su condenación y su suplicio.

Algunos años despues Caifás fué destituido por Tiberio del pontificado que habia ejercido

(1) Versículos 57 y 59 al 67.

durante diez y siete años; causándole su destitución tanta pena, que se dió la muerte, segun se refiere en las Constituciones de San Clemente (1).

IV

Tiberio, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 37 DE N. S. JESUCRISTO)

Este político infeno, que tomó por divisa el principio *Nescit regnare, qui nescit dissimulare*, y que no supo disimular sus vicios y sus crímenes, permitió fuera infucamente juzgado y sacrificado en sus dminios el Redentor del mundo, coronando su ominoso reinado con este crímen sacrilego.

Hé aquí el proceso de este tirano, hecho por el ilustre La Fuente en su *Historia general de España*:

“Tiberio, el primero de los monstruos que deshonraron el trono imperial, tuvo la habilidad de engañar los primeros años al mundo que acaba-

(1) San Clemente, in Const., lib. VIII, cap. I,

ha de heredar. Afectando una modestia loable, fingió rehusar el imperio como una carga superior á las fuerzas de un hombre sólo; y aunque concluyó por admitirle, fué aparentando hacerlo con repugnancia, y de mal grado. Mostraba gran deferencia y respeto á los cónsules y senadores; erigióse en reformador de las costumbres públicas; manifestábase enemigo de las delaciones, y negábase á castigar las sátiras que contra él se publicaban, diciendo que en un Estado libre debían serlo también el pensamiento y la palabra. Creyeronse sinceras su moderación y su dulzura. Pero luego arrojó la máscara el hombre moderado y dulce, y apareció en toda su desnudez el déspota y el malvado. Horroriza leer en Tácito y en Suetonio el catálogo de asesinatos y de crímenes que en este doble concepto ejecutó, bien por sí, bien sirviéndose del Senado como de un fácil instrumento, bien con ayuda de su privado y consejero el infame Sejano. Su misma madre Livia, á quien debía el trono, no se eximió de probar su ingratitud; y su esposa Julia, la hija de Augusto, vídese reducida á morir de hambre, Extraños y dudosos, á todos alcanzaba su crueldad, calculada y fría.

“Había cierto legatario soyo usado la chanza de decir á un muerto: *Vé á decir á Augusto que*

aún no se ha ejecutado su última voluntad. Súpelo Tiberio, y mandó degollarle, diciéndole con impasibilidad horrible: *Así podrás llevar á Augusto noticias más recientes y exactas.* Tal fué la ferocidad que despiegó, y tal lo que gozaba con los suplicios, que si alguno por sustraerse á ellos se daba á sí mismo la muerte, exclamaba: *Ese se me ha escapado;* así sucedió con Carnucio. El sistema de delaciones, que al principio había fingido aborrecer, fué despues objeto de premios y recompensas, y le convirtió en medio ordinario de gobierno. Premiados los delatores, palataban los espías; llovian cada día acusaciones; esclavos, ciudadanos, senadores, todos se daban prisa á denunciar á otros como único medio de libertarse á sí propios. Nadie se atrevía á hablar, pero el silencio mismo se representaba como sospechoso; no era lícito ni alegrarse ni entristecerse, porque la alegría era tomada como la esperanza de alteraciones que se fraguaban en el Estado; la tristeza se traducía por descontento del Emperador. Se suprimió hasta la libertad de pensar; se condenaba por supuestas intenciones, y se prohibía lamentar la suerte de las víctimas. ¡Desgraciado el que dijera una palabra en elogio de Augusto! Elogiar á Augusto era despreciar á Tiberio, y se castigaba co-

mo crimen de Estado. Una expresion, un gesto, un signo, bastaba para condenar á muerte á un hombre.

“Con pretexto de lamentar que el pueblo abandonára sus ocupaciones para asistir á los comicios, le arrancó el derecho de elegir sus magistrados y de sancionar las leyes, y trasmitió estas prerogativas al Senado, de quien disponia á su antojo, hasta el punto de disgustarle ya tanta humillacion y tanta bajeza como veía en los senadores.... Habia hecho Augusto una ley estableciendo penas contra los que ofendieran la majestad del pueblo romano. Tiberio aplicó esta ley á los que le ofendian á él, como representante del pueblo, y tomó de ella ocasion para contar mil asesinatos legales.... ¡Y sin embargo humeaba el incienso en los altares de la corrompida y degenerada Roma en union de Tiberio

“Natural era que los prefectos y delegados de las provincias fueran dignos mandatarios de tal Emperador.....

“Era menester que bajo el imperio de este tirano se cometiera el mayor desafuero y la más negra ingratitud que ha manchado las páginas de la historia de la humanidad. Era menester que el que había venido á salvar á los hombres y á predicar una religion de caridad, fuera sa-

crificado por el que ejercia la autoridad en nombre de Tiberio en el pueblo escogido de Dios. En el siglo décimonoveno del reinado de Tiberio se verificó el gran suceso de la muerte y Pasion de nuestro Redentor Jesucristo.

“Cuatro años más tarde acabó Tiberio la vida de desórdenes con que había eecandalizado al mundo.”

El que así dejó morir al Justo, fué asesinado por Calígula, que, designado por él para sucederle en el trono, y viendo se prolongaba su agonía, le ahogó cubriéndole y oprimiéndole el rostro con una almohada hasta que espiró.

V.

Poncio Pilatos.

(MURIO AÑO 39 DE N. S. JESUCRISTO.)

La historia por una parte, y por otra los Sagrados Evangelios, nos han transmitido la perfidia, la tiranía y hasta la crueldad con que Pilatos gobernaba como procurador romano en la Judea, y la cobardía é iniquidad con que se condujo en la Pasion de Jesucristo.

Los historiadores clásicos solo citan su nombre; pero Joséfo nos dice algo, aunque poco, de la administración de este tristemente célebre Procurador, y de sus violencias. Hasta Pilatos, ningún otro gobernador romano, ni aun el poderoso procónsul Vitelio, había entrado en Jerusalén desplegando el estandarte romano, porque todos ellos habían respetado las costumbres de aquel pueblo y la santidad de Jerusalén, célebre en el mundo entero. Pilatos, por el contrario, pasó durante la noche el estandarte por la ciudad, contra los fueros de los judíos. Esta violación de los derechos de los hebreos produjo una sensación tan profunda, que los judíos resolvieron hacerse asesinar antes que consentir violación de la ley de sus padres, y al fin lograron que el estandarte romano dejara de tremolar en la ciudad.

Pero si en aquella ocasión cedió Pilatos ante las justas reclamaciones de los judíos, no sucedió lo mismo cuando exigieron la restitución del tesoro arrebatado al templo. Algunos soldados romanos, disfrazados, se mezclaron entonces entre la muchedumbre que protestaba contra aquel atentado, y cuando estalló el tumulto cayeron los romanos sobre el pueblo desarmado, matando é hiriendo á un gran número de judíos.

En otra ocasión se presentó entre los samaritanos un falso profeta que, atrayéndose numerosos partidarios, pretendía desenterrar los vasos sagrados del tabernáculo que se suponía estaban depositados en el monte Garizim.

Pilatos cayó también entonces por sorpresa sobre la crédula multitud, dando muerte á muchos samaritanos, deteniendo á otros, y haciendo ejecutar á los jefes del tumulto.

En el Evangelio de San Lucas (1) se encuentra además el siguiente testimonio de las violencias de Pilatos:

Y en este mismo tiempo estaban allí unos que le decían nuevas de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilatos con la de los sacrificios de ellos.

El P. Scio, en su comentario á este versículo, dice lo siguiente: "Estos eran unos sediciosos de Galilea, que Pilatos había hecho morir mientras estaban sacrificando en Jerusalén, á donde habían ido con ocasión de alguna grande fiesta; y por esto dice que su sangre se mezcló con la de las víctimas que sacrificaban. No consta por qué Pilatos lo hizo matar; pero el P. Lamy y otros intérpretes son de sentir que

(1) Cap. XII, vers. 1.

este gobernador, encendía en ira porque impedían que se sacrificasen víctimas por la salud del imperio, ó de César, los hizo pasar á cuchillo al mismo tiempo que ellos hacían sus sacrificios."

En cuanto á la execrable conducta de Pilatos en la Pasion y muerte de Jesucristo, y á su complicidad en el sacrificio del Salvador del mundo, consignadas están tambien en los Sagrados Evangelios y muy especialmente en el de San Juan.

En efecto: al principio de la Pasion, aunque Pilatos mandó azotar á Jesucristo, cediendo á la presion de los jafíos, es indudable que queria salvarle, en odio á los fariseos, en quienes veía á los enemigos irreconciliables de los romanos, y creía que salvando á Jesucristo contrariaba los planes y los deseos de aquellos; pues aunque los romanos se cuidaban poco de la opesicion religiosa de los jafíos, en cuanto al fondo no podían ser indiferentes á la agitacion que con ella producian desde el momento en que tomaba carácter político.

Por lo demás, á Pilatos le importaba poco la persona del Salvador, como lo prueba el haberle hecho azotar, coronarle de espinas y exponerle al escarnio del populacho.

Pero si Pilatos pretendió al principio salvar á Jesucristo por odio á los fariseos, al fin le sacrificó en aras del deseo de conservar el gobierno de Judea, y por temor de caer en la desgracia de Tiberio, segun se lee en el Evangelio de San Juan:

Y desde entonces procuraba Pilatos soltarle. Mas los jafíos gritaban diciendo: — Si á este sueltas, no eres amigo de César; porque todo aquél que se hace Rey, contradice á César.

Pilatos, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera á Jesus y se sentó en su tribunal, en el lugar que se llama Lillóatrotos, y en hebreo Gab-bata.

Y entonces se lo entregó para que fuese crucificado. Y tomaron á Jesus y le sacaron fuera [1].

Sin embargo, el sacrificio del Jasto no aprovechó á Pilatos, pues, irritados los jafíos por sus violencias, y muy especialmente por las que ejerció con los samaritanos con motivo del tumulto del monte Garizim, le atacaron ante Vitelio, procónsul de Siria. Este, que no era contrario á los jafíos, y que no queria comprometer á los romanos en una guerra de éxito dado.

(1) Versículos 12, 13 y 19.

so contra un pueblo irritado y fanático, destituyó á Pilatos, acusándole ante el Emperador.

Pilatos llegó á Roma el año 39, al principio del reinado de Calígula, que le desterró á Viena, en las Galias, donde, desesperado, se dió la muerte.

VI

Herodes Antipas, tetrarca de Galilea,

(MURIO AÑO 40 DE N. S. JESUCRISTO.)

Muerto Herodes el Grande, ascendió su hijo Herodes Antipas al tetrarcado de Galilea (1), heredando parte del poder de su padre y todo el odio que este profesaba á Jesucristo.

La Sagrada Escritura y la historia han transmitido de consuno á la posteridad los crímenes de Antipas, y su terrible castigo.

Cuando Jesucristo, despues de haber obrado el milagro de los panes y los peces, mandó por pan á sus discípulos, les dijo: *Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de*

(1) *Josero: Antig., XVII, 2, 1.—XI, 4.*

los Herodes (1). Además existen otros pasajes que prueban la maldad del Tetrarca de Galilea.

La historia refiere, por otra parte, que, prendado Herodes de Herodías, mujer de su hermano Filipo, en un viaje que hizo á Roma, abandonó á su mujer para vivir con su cuñada en criminales é incestuosas relaciones.

San Juan Bautista amonestó enérgicamente á Herodes por esta violacion de la ley natural y divine; pero el Tetrarca, no sólo no se enmendó, sino que hizo prender á San Juan y darle muerte.

El Evangelio de San Márcos refiere en el siguiente pasaje este nuevo atentado de Herodes:

Porque el mismo Herodes habia enviado á prender á Juan, y le habia hecho averrojar en la cárcel, á causa de Herodías, mujer de Filipo, su hermano; porque la habia tomado por mujer:

Porque decia Juan á Herodes:—No te es lícito tener la mujer de tu hermano.

Y Herodías le armaba lazos: y le queria hacer morir, pero no podía.

Porque Herodes temia á Juan, sabiendo que era varon justo y santo; y le tenia á custodia, y por su

(1) *Evang. segun San Márcos, cap. VIII, vers. 15.*

consejo hacia muchas cosas, y le oía de buena gana.

Hasta que últimamente llegó un día favorable, en que Herodes celebraba el día de su nacimiento dando una cena á los grandes de su corte, á los tribunos y á los principales de la Galilea.

Y habiendo entrado la hija de Herodías, y danzando y dado gusto á Herodes y á los que con él estaban á la mesa, dijo el Rey á la mozoela: — Píde, me lo que quieras, y te lo daré.

Y le juró: — Todo lo que me pidieres te daré, aunque sea la mitad de mi reino.

Y habiendo ella salido, dijo á su madre: — ¿Qué pediré? Y ella dijo: — La cabeza de Juan el Bautista.

Y volviendo luego á entrar apresurada adonde estaba el Rey pidió, diciendo: — Quiero que túya al punto me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista.

El Rey se entristeció: mas por el juramento y por los que con él estaban á la mesa, no quiso disgustarla.

Mas enviando uno de su guardia le mandó traer la cabeza de Juan en un plato. Y le degolló en la cárcel.

Y trajo su cabeza en un plato: y la dió á la mozoela y la mozoela la dió á su madre (1).

Finalmente, este mismo Herodes Antipas es el que, segun Josefo, se hallaba de Soberano en Galilea en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, y en la época de su Pasion, siendo uno de los que más escarnecieron á Jesus, como se lee en el siguiente pasaje del Evangelio segun San Lucas, cap. XXIII:

Pilatós, que cyó decir Galilea, preguntó si era galileo.

Y cuando entendió que era de la jurisdiccion de Herodes, le remitió á Herodes, el cual á la sazón se hallaba tambien en Jerusalem.

Y Herodes, cuando vió á Jesus, se holgó, mucho. Porque de largo tiempo le habia deseado ver, por haber oído decir de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algun milagro.

Le hizo, pues, muchas preguntas. Mas El nada le respondia.

Y estaban los Principes de los Sacerdotes y los escribas acusándole con grande instancia.

Y Herodes con sus soldados le despreció: y escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca, y le volvió á enviar á Pilatós.

(1) Versículos 17 al 23.

Y aquel día quedaron amigos Herodes y Pilatos; porque antes eran enemigos entre sí (1).

Algunos años más tarde, el verdugo del Bautista y el que habia escarnecido la sagrada persona de Jesucristo, sufría el castigo de su impiedad, á causa de la ambicion de Herodías, su amante.

Impulsada esta ambiciosa mujer por el deseo de aumentar el poder de Herodes, le obligó á marchar á Roma, á fin de obtener de Calígula el título de Rey, que habia sido concedido á Agrippa; pero celoso éste de la pretension de Antipas, le acusó ante el Emperador de haber tomado parte en la conjuracion de Sejano contra Tiberio, y de estar en inteligencia con Artaban, rey de los partos, contra los romanos, aduciendo como prueba que Antipas acababa de armar un ejército de setenta mil hombres.

Esta acusacion llegó á manos del Emperador, por conducto de Fortunato, en el momento mismo en que Herodes Antipas solicitaba el título de Rey.

El Emperador, desconfiando de la acusacion, preguntó á Antipas si era cierto que contaba

(1) Versículos 6 al 12.

con aquel ejército; y habiendo contestado afirmativamente, juzgó Calígula fundada la acusacion, y envió á Antipas desterrado á Lyon, á donde le acompañó Herodías (1), y le despojó de sus Estados y de sus tesoros, que fueron entregados al delator. Según Josefo, Herodes y Herodías pasaron despues á España (2), donde ambos perecieron miserablemente (3).

El P. Florez, en su *Clave Historial*, afirma que "Antipas, desterrado con Herodías y sus hijas á Leon de Francia, murió consumido de tristeza y gusanos, como su padre (4)."

VII.

Herodías, mujer de Filipo, hijo de Herodes el Grande,

(MURIO AÑO 40 DE N. S. JESUCRISTO.)

La ambicion y la crueldad eran las pasiones que caracterizaban á esta mujer disoluto. Su

(1) JOSEFO: *Antiq.*, XVIII, 7, 1, 2.

(2) *Bell. Jud.*, II, 9, 6.

(3) BERAULT-BEÛCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib I.

(4) Siglo I, Suecesca.